

LA PROCESION DE LAS OLAS

ESTOY recodado en el pretil del muelle. Sobre mi cabeza extiéndese el toldo del cielo velado a trechos por densas nubes y tachonado en los claros de estrellas titiladoras.

A lo largo de la playa brillan en confuso desorden las luces del caserío del puerto, y surto a corta distancia se esfuma la silueta de un buque, cuya iluminación realza la inmensidad negra del Pacífico.

A mis pies chapalettea sin cesar el agua y en la orilla revienta la resaca deshilándose en espumas.

El mar suspira.

Sí, este monstruo negro cuya cólera aterra a los marinos más intrépidos ha desfruncido el ceño, y amainando sus iras se esfuerza por ser tierno; exhala de su enorme pecho membrudo dulces quejas y dolientes gemidos.

En torno mío la superficie del océano apenas pierde su tersura. Las olas, imperceptibles, imitan los pliegues de una tela de raso donde el collar de luces eléctricas del muelle riela. No han avanzado sino un paso y se yerguen amenazadoras. Un poco más adelante se truecan en pequeños alcores verdes, rematados por blancas crestas de riscos.

Allá distingo un grupo de olas. Vienen garruleando como chiquillas, y luego de desgranar collares de risa, desaparecen, olvidando en la arena sus conchas color de rosa. Pero ya se adelanta un corrillo como de zagalas

atareadas trayendo en las manos azafates de vasos de Venecia, las cuales tropiezan a su arribo escabulléndose entre ruidoso rumor de cristalería rota. Otras extienden al llegar su cargamento de encajes de Bruselas. Aquellas se abalanzan en carrozas de esmeralda de las que tiran caballos árabes de rizadas crines de armiño.

Ya vuelven, acuden de nuevo, retornan otra vez. Pero no, esas que se aproximan no son las mismas. Vienen como balando; es un nevado rebaño de ovejas. Estotras que se anuncian con coruscamientos de seda, con haldeos de damas elegantes que marchan de prisa recogiendo el vestido, son unas marquesas que a su llegada se despojan de sus albas pellizas. Esotras que las siguen son unas manolas que llevan terciados sus verdes

mantones de Manila de largos flecos de seda.

Estoy solo.

En toda la longitud del muelle no hay ningún sér que vague, ningún trabajador que repose de bruces en el suelo o sentado en alguno de los carros abandonados sobre los rieles.

El piso retiembla cada vez que el mar arremete contra la armazón de hierro. En la playa despedázase la resaca semejante a cuitado pecho que estallara en sollozos. Un toldo de negras nubes tapa las dulces pupilas de las estrellas. La tristeza se clava en mi corazón como si fuera una daga agudá.

Pero lo mismo que en tu espejo, yá ríe en mi recuerdo tu adorada imagen; ya mi memoria como un hada buena te trasportó a mi lado; yá tu alegría disipó mis sombras; ya estoy

contento; yá me regocijaron tus risas, mi sonajita preciosa, mi cascabelito de oro.

El murmurio del agua bajo mis pies no cesa; continúa el desfilarse de olas. Vienen unas en pos de otras empujándose. Aquella que se extiende como una red de plata trae en sus mallas peces dorados; esa negra, que trata de confundirse entre las demás, tal vez se oculta porque acaba de estrechar con sus fríos brazos el cuello de un náufrago; esa pequeña y cristalina que pasa es un alhajero de cristal donde brillan diamantes esplendorosos porque la vieron desde la cubierta de un buque dos tiernos enamorados.

Yá no estoy solo; todo lo que imagino se me figura que te lo digo; cuando vuelvo a verte haces como de costumbre un delicioso mohín en que

pliegas, sonriéndote, tus purpurinos labios, y me escondes el languor de tus amados ojos, más míos cuando me los niegas.

ENVIO

Y como esa ola, la más grande, la más impetuosa de todas que se acerca dando saltos precipitados, un deseo infinito se levanta en mi pecho que por tí late: el de ser como el mar, tan grande y poderoso como lo es el mar, y que todos mis anhelos y todos mis pensamientos y todos mis sueños, que acuden desde lo más remoto de mi existencia y surgen desde lo más profundo de mi corazón, como las olas vienen desde las más distantes lejanías del horizonte y se yerguen de las más hondas simas, se acercaran hacia tí empujándose presurosos, y te

dieran todas mis ilusiones, todos mis respetos, todos mis ruegos, como las olas regalan a la tierra todos sus frágiles cristales y todas sus conchas color de rosa, y que a semejanza de las olas que arriban en sus carrozas de esmeralda tiradas por blancos caballos árabes de largas crines de armiño, corriendo en tumultuoso tropel por llegar a la orilla, todas mis ansias galoparon hacia tí, como briosos bridones que corren, empapados de espuma los nobles encuentros, y que lo mismo que las olas se aproximan con musitaciones de plegarias, con músicas de besos, con explosiones de sollozos, siempre apresurándose hacia la playa y siempre alejándose de nuevo sin desmayar nunca, así fuera yo hacia tí, a enterrecerte con mis súplicas, y me retirara porque te encontrase indiferente, y retornara otra vez con nuevos ruegos,

y retrocediera llorando porque te hallara desdeñosa, e incansable como el vaivén armonioso de las olas, nunca dejara de acariciarte y de ceñirte y de besarte y de cantarte, tendiendo hacia tí mis brazos, y ofreciéndote el tesoro inagotable de mis esperanzas, de mis adoraciones, de mis suspiros y mis lágrimas.

NOCTURNO

DESPUÉS del día de lumbre y de fiebre la noche de lino y de calma. En pos de la garrulería estridente de las cigarras, el reposo aterciopelado del silencio.

Es preciso haber sido caldeado por las llamaradas de la siesta para deleitarse con la caricia de los frescos anocheceres, y haber sentido el rigor de los soles de agosto para apreciar la clemencia de las lunas de estío.

Dulce como una amante es la noche de seda y de plata.

Apenas el ascua solar se hunde en el horizonte caliginoso, la muchedumbre trajeada de ligeros *kimonos* desam-

para sus casas de papiro, y congregándose a lo largo de las regadas aceras bebe con avidez la brisa impregnada de sal de las ondas azules y de resinas de los verdes pinares, o contempla embebecida la luna que luce como una perla en el azul satín del espacio.

En la feria bulliciosa que se celebra en la vecindad del templo shintoísta, la gleba olvida los afanes del día, y discurriendo regocijadamente de uno a otro cabo de la calle guardada de linternas, cuál regatea un grillo que estridula en su jaula de primores de filigrana; cuál se detiene ante las luciérnagas que destellan en sus diminutas cajas de vidrio; quién se demora ante los globos de cristal donde brillan pequeños peces de colores de sardónica; quién examina con ojos de conocedor los pinos enanos y añosos de ramas retortijadas.

En los jardines de pecado del Yoshivara, ramera que se antojan orquídeas de extravagantes matices atraen a los transeuntes arrojándoles sus largas pipas de bambú o los requieren con amorosos reclamos. En los estanques sembrados de lotos de los parques de cedros croan sin tregua las ranas pusilánimes elevando los brazos hacia la luna inaccesible. De codos en los pretiles de los puentes se recortan figuras inmóviles seducidas por el frescor y los reflejos de los canales dormidos.

De raro en raro percibo, en medio de la hipnosis profunda en que se encuentra sumergida la naturaleza, ora los crótalos lastimeros del *jinobán*¹ errante; ora el oboe desapacible del vendedor de *soba*; ² ya las melifluas

1 Velador.

2 Macarrones.

querellas de una flauta; ya los acordes metálicos y salvajes de un *chamisé* desesperado.

Después de vagar en esta guisa fascinado por el hondo hechizo del plenilunio, hacia la media noche me encuentro solo en la calle silenciosa, contando como siempre años de tedio, apurando ajenjos de olvido, bordando áureos sueños irrealizables en las tupidas tinieblas de mi destino.

Súbito el aullido lancinante de un perro que se oye a lo lejos me llena de tristeza infinita, de una tristeza sin consuelo que de ser posible me haría aullar de desesperanza, y en la noche de lúgubre misterio, como en la noche trágica de Salomé, suena un pavoroso batir de alas que paraliza el viento, torna lívida la paz de la luna y hace enhestarse de horripilación las agujas de los pinos.

LA LETANIA DE O JARUKO SAMA

○ JARUKO SAMA,
Escucha mis alabanzas.

Mariposa de alas de seda,
Revuela sobre los crisantemos de
mis sueños.

Libélula de coselete de brocado,
Vibra en el aire luminoso de mi
deseo.

Cerezo de abril,
Tiembla al soplo de mis caricias.
Cigarra de Nikko,
Canta la siesta de nuestro amor.
Causa de mi alegría,
Aduérmeme con la música de tus
palabras.

Loto místico,
Luce en mi silencio.
Estatua de oro,
Mora en mi corazón.
Reina de Oriente,
Recibe mis homenajes.
Arca de sonrisas,
Régalame tus perlas y tus rubíes.
Amiga fiel,
Acompáñame en mi soledad.
Amante dulcísima,
Cúrame de mi tristeza.
Criatura de cabellos azules y cuello
de raso y senos de sándalo y brazos
de canela,
Prodígame tus ternuras.
Estrella de mis despertares,
Deleita mis ojos.
Espejo de mis ansias,
Vélate bajo mis suspiros.
Visión de opio,
Líbrame del tedio.

Vaso de Nirvana,
Ten piedad de mi existencia mise-
rable y dame una hora de olvido.

EL EXTRANJERO DESCONOCIDO

ORA alardeen los cerezos de sus frondas encarnadinas; ora agiten las cigarras sus panderos jocundos; ya se tiñan los arces de tonos de cinabrio; ya caigan los copos de la nieve imitando plumas de celestes cigüeñas, he visto al extranjero desconocido en las calles pobladas de abigarrados *kimonos* y alegres caras de niños.

¡Oh la chiquillería regocijada de Tokio! ¡Labios sonrientes de los *akampos!*¹ ¡Carreras bulliciosas de los *kodomos!*² ¡Menudos andares de las *Oyo*

1 Bebés.

2 Niños.

*Sama*¹ de *guetas*² rojas guarnecidas de cascabeles!

Demasiado pobres para poseer patios donde entregarse a sus inocentes esparcimientos porque descienden de mezquinos artesanos y sórdidos comerciantes, los niños japoneses son reyes del arroyo.

Mientras la turba infantil se enseña de las calles, los padres trabajan en las minúsculas tiendas sin cuidarse de sus hijos, que tienen un ayo celoso en el gendarme y un solícito guardián en cada transeunte.

Mucho debe amar a los niños el extraño extranjero, porque lo he encontrado siempre en medio de sus alegres corrillos.

Marcha descalzo y destocado, tiene de oro así el pelo como la barba, y

¹ Niñas.

² Calzado de madera.

por su aspecto revela haber recorrido la mitad del camino de la vida.

Con la dulce mirada de sus ojos cereúleos y la inefable sonrisa de sus labios, frescos como los cerezos, acompaña a los niños en todas sus algazaras. Está con ellos en el Año Nuevo, cuando ataviados con sus *kimonos* de gala golpean el volante de plumas de gallo con la raqueta que ostenta en el dorso los retratos de afamados actores; en la primavera, cuando empinan en el aire azul sus cometas zumbantes y multicoloros, decorados con aves o caracteres chinos; en el verano, cuando esgrimiendo las flexibles pértigas untadas de liga, corren en pos de las cigarras músicas y de las esmaltadas libélulas; en el otoño, cuando se solazan bailando sus peonzas cantoras, y en el invierno, cuando marchan encaramados en sus zancos de

bambú o esculpen enormes Dardas de nieve.

Además de su porte extraordinario, la frecuencia con que lo encuentro me obliga a fraguar conjeturas sobre el misterioso extranjero, sobre su nacionalidad, sobre su vida. A juzgar por su traje no es un diplomático, y no es tampoco un viajero porque lo he visto hace muchos años. ¿Es profesor de un idioma exótico en la Escuela de Lenguas Extranjeras? ¿Es un pope ruso, un padre francés o un misionero sajón?

Un día en que lo observé de muy cerca tuve indicios de su identidad, porque mostraba en la frente marcas de sangrientas punturas y despedía suave perfume de nardo que no podía provenir sino de sus pies, de albor milagroso.

Al fin una helada mañana de di-

ciembre, en que como siempre, se paseaba descalzo y destocado en medio de los hijos de los *etas*,¹ acariciando con sus cándidas manos cabecitas hirsutas y cuerpecitos astrosos, depuse la última duda que abrigaba sobre su persona, y me descubrí con veneración ante el dulce y hermoso extranjero cuya es la frase: "Dejad que los niños se acerquen a mí."

¹ Parias.